

A. SEBASTIÁN HERNÁNDEZ GUTIÉRREZ

EL ASCENSOR DE DIÓGENES

PÍLAR



Cuentos de la Casa Vieja

MMV

© Texto: A. Sebastián Hernández Gutiérrez

© Dibujo cubierta: Pilar Hernández Viera

Imprime

Nueva Gráfica, S.A.L.

Tel. 922 626 405

Diógenes era inválido, sus piernas le quedaron muy grandes a unos pies minúsculos a los que se les había prohibido crecer. Su historia, es la historia de sus pies.

Diógenes fue el segundo hijo de doña Constanza, una maestra de música que sólo tuvo un sueño en toda su vida: que su hija Rosaura llegase a debutar como gran pianista. La niña era aplicada, mostrando desde muy temprana edad sus posibilidades con el instrumento. Interpretaba de forma virtuosa el *Magnificat* y bordaba con las teclas otras complicadas piezas musicales. Su destreza indujo a las primas a ponerle el mote de *Mozarta*, queriendo así colocarla en su lugar exacto, a la vez que la hacían enfadar.

Cada tarde, las niñas se reunían después del colegio y pasaban un par de horas jugando a la *Adivinanza Prodigiosa*, poner título a los acordes que Rosaura interpretaba. Los aciertos eran galardonados con besos; los errores, castigados con pellizcos.

Fue en una lluviosa tarde de marzo cuando el accidente se produjo. Rosaura no pudo esquivar el carruaje de turistas que de súbito se presentó frente a su cara. Los caballos rompieron en un segundo el juguete de futuro de la familia Castro. Las primas aterrorizadas contemplaron desde la puerta como *Mozarta* se iba para siempre.

Los Castro se enlutaron, transformándose su hogar en claustro abandonado por la alegría.

Un día, todo cambió. No se sabe ni cuándo, ni cómo, pero doña Constanza Castro apareció embarazada. El padre no tenía nada que ver, pero con resignación admitió la contrariedad quedando satisfecho solo con el dibujo de una sonrisa en la boca de su amada Constanza.

Ocho meses después nació Diógenes; un muchacho que logró desilusionar a doña Constanza desde que la matrona se lo entregó, ¡Era un varón! A pesar de ello, su madre lo acogió con la esperanza de que suplantara a Rosaura. De la primogénita ausente heredó la ropa, los juguetes... y hasta los zapatos. Por el contrario, sus oídos parecían a ojos de su madre, auténticas tapias.

Los años pasaron para toda la familia; primero falleció el señor Castro; en el siguiente lustro fue a su encuentro doña Constanza. Y la casa se quedó sorda, tan sólo habitada por dos fantasmas, el joven Diógenes, corto de pies, y Momo, un costalero profesional que la familia había contratado de por vida para hacer de piernas de Diógenes pues la invalidez del joven no era de nacimiento; su invalidez fue provocada. Las plantas le quedaron raquílicas al haber sido encarceladas en los zapatos de la pequeña Rosaura. Unos zapatos de charol que cada tarde se ponía, complaciendo a su madre, para llegar con facilidad a los pedales del piano.

A Diógenes no le faltaba para vivir. Cada fin de mes sus fincas rentaban lo suficiente para asegurarle una vida cómoda. Pero fue en las últimas Navidades cuando su vida se torció de una manera espectacular. Después de cenar, el 24 de diciembre, le apeteció tocar el piano. Llamó a Momo, trepó en su grupa con unos gestos que conocía de memoria rogándole, al mismo tiempo, que le subiera a la planta noble. Momo había brindado varias veces en honor al Niño Jesús y no contó bien los escalones de aquella traicionera escalera. El golpe fue seco, la cabeza percutió contra la huella colaborando el peso del mozuelo a la muerte del porteador.

La incómoda situación se resolvió con un imponente concierto dado después de medianoche por Diógenes que aquel día en vez de «Aleluya» tocó «Socorro».

Los vecinos alertados por el estruendo del piano no dudaron en asaltar la casa de los Castro, hallando a un Momo bañado en un Nilo de sangre, y a un Diógenes borracho de lágrimas sobre el teclado de un piano incandescente.

A partir de aquel día Diógenes además de inválido fue huérfano de solemnidad. No tenía a nadie que lo atendiera. Aprendió a cocinar, a lavar, a planchar... y cuando dominó con maestría las tareas del hogar empezó a añorar su piano. En sueños se sentía un gran músico, superando su natural torpeza e imaginando conciertos a cuatro manos juntos su mítica Rosaura.

Varios vecinos alertados por Ramón, el frutero, cayeron en la cuenta del silencio que desprendía la casa. Las luces apagadas. Nadie se asomaba al balcón de hierro fundido comprado por Emérito Castro en Bélgica. Nunca había ropa tendida. Y la fachada se deshacía por momentos.

El Jueves Santo consecutivo a la nefasta Navidad, después de la procesión, los más allegados se envalentonaron hasta el atrevimiento de tocar en el portal para tener noticias de Diógenes. Éste se sorprendió tanto como se alegró de ver a gente. Los invitó a pasar. Hizo té, y dieron buena cuenta de una exquisita tarta de margaritas que él mismo había preparado con las flores del huerto.

La tarde fue agradable. Diógenes soltó su lengua oxidada haciendo partícipe a la concurrencia de su melancolía provocada por la imposibilidad de ascender al piso alto para tocar el piano. Su vida transcurría en las estancias de la planta de servicio, quedándole el patio como único rincón de solaz.

El patetismo de aquella existencia conmovió a los vecinos que pronto se reunieron para recolectar los fondos necesarios para comprar un pequeño ascensor que sería instalado en la esquina meridional del patio. El dinero no fue un obstáculo; otra cosa fue la superación del papeleo ya que el Ayuntamiento de Calambria consideraba la instalación del ascensor una obra menor, requiriendo la misma un permiso y el correspondiente proyecto facultativo. Nadie imaginó nunca que hiciera falta tanto informe, debido prin-

principalmente a que la casa Castro formaba parte del Monumento de Calambria.

Tres meses tardaron en responder «no». Un no acompañado por un séquito de artículos legales que defendían *la originalidad del inmueble, la pérdida de identidad de Calambria, la importancia del fomento del turismo...* pero ni una sola palabra para Diógenes, el inválido al que habían condenado hasta el fin de sus días a no tocar el piano.

La noticia cayó como una bomba desalentando al joven, derrumbándose sobre la carta oficial. Tardó algunos días en reponerse, pero al fin se alzó sobre sus ruinas sentimentales utilizando la parte de su cerebro que no había resultado dañada. La solución al problema estaba en subir 16 escalones, o en bajar el piano; no había otras fórmulas para poder celebrar el anhelado encuentro.

Diógenes mandó llamar al relojero Céspedes, persona que tenía fama de mañoso, y le propuso que desarmara el piano para montarlo tal y como estaba una vez que pieza a pieza fuese trasladado a la planta baja.

Céspedes se asustó dado el cariz del encargo, pero se repuso del impacto ante la cantidad de dinero que le ofreció Diógenes por su trabajo. Durante un mes de treinta días Céspedes hizo de la casa de los Castro su hogar conviviendo con Diógenes y contemplando con tristeza los andares del joven. Sus pasos era minúsculos, perdiendo el equilibrio cuando el suelo presentaba un mínimo desnivel.

El relojero apuntaba metódicamente las operaciones que ejecutaba, depositando sobre una sábana blanca cada una de las piezas extraídas del instrumento.

Al finalizar el mes Céspedes llamó a Diógenes rogándole que probara el piano, aquel bulto que había crecido poco a poco debajo de una loneta a la que se le había prohibido acercarse.

Diógenes quedó petrificado ante la vista de un piano que no tenía teclas negras y los huecos dejaban ver las tripas del mueble. A pesar de ello, el joven supo disimular su desencanto sentándose y poniendo automáticamente las manos sobre el teclado albino. El piano se expresó con claridad, buen ritmo y atinada afinación, logrando que Diógenes se sintiera renacer al volverse creador. Así y todo no se resistió a volverse hacia el maestro Céspedes, a quien primero dio las gracias, para luego preguntarle por el paradero de las teclas negras. El relojero no respondió, sólo se acercó hasta él, se postró para sacar de su espalda dos extraños zapatones que en su puntera traslucían las teclas solicitadas. Desvendó los pies de Diógenes en medio del mayor silencio para luego calzar los muñones con los zapatones producto de su invención al tiempo que con bíblica entonación le decía: ¡Levántate y anda, Diógenes!

Tequisque - Villa de la Orotava. Diciembre de 2005